

concede a nuestra poetisa son consagratorias. El eminente crítico dice de Stella Corvalán que «es su poesía, leve, tenue, delicada como los velos de la reina Mab. Como un suspiro. Como una añoranza que se diluye apenas sentida. Como una esperanza que se quiebra apenas entrevista. Como una ilusión que se deshace apenas formada». Nada podemos agregar, sino que agradecer a nuestra poetisa su poemario, y agradecer también con grande admiración a Roberto F. Giusti, su confesión, cuando dice que «conserva la fe en la juventud, en el talento y en la poesía».

—FRANCISCO SANTANA.



<https://doi.org/10.29393/At193-12AGJM10012>

UN ABISMO ENTRE DOS GENERACIONES

Es interesante seguir a James Truslow Adams, notable pensador norteamericano, en la tarea de escrutar el problema que se refiere a una especie de beligerancia que existe entre la generación representada por la juventud y la del hombre maduro.

Cuando se es joven se oye decir siempre a los padres, que su generación tenía mayor fortaleza para la lucha por la vida, y que, en cambio, la actual no posee aquellos atributos que la hacen apta para ella.

Estimo que la apreciación descansa sobre una base falsa, porque cada generación tiene sus problemas especiales, y por lo tanto es inadmisibles generalizar, afirmando la superioridad de una sobre la otra.

James Truslow Adams afirma textualmente que «tanto jóvenes como ancianos deberían reconocer que, aisladamente, ni los unos ni los otros pueden formar una sociedad normal y satisfactoria.

Si la juventud es dueña de esperanzas, y de idealismo, y de energía más amplios, los hombres maduros y los que peinan

canas han acumulado, en cambio, más amplios conocimientos. La sabiduría no se adquiere a través de unos cuantos libros de texto y de algunas lecturas, sino por el camino de la experiencia, de la que Benjamín Franklin dijo que «sostiene una costosa escuela». Es evidente que un hombre de 25 años no habrá podido aprender en tal escuela tanto como el que haya llegado a los 50. Se ganan algunas cualidades; posiblemente se pierden otras. Lo que cada generación tiende a pasar por alto es que la otra está sometida a pruebas especiales y tiene sus peculiares preocupaciones».

Se ha declarado que la juventud actual acusa a la anterior del estallido de la mayor hecatombe que ha asolado a la humanidad, lo que es un profundo error, pues Hitler y Mussolini han asumido el poder total entre los 35 a 45 años, consolidando sus regímenes en la juventud.

Este fenómeno se presenta siempre en la forma anotada, porque la juventud saturada de ideales, es víctima siempre de las maquinaciones de aquéllos que amparándose en falsos nacionalismos, saben explotar los impulsos generosos de ella.

En el momento en que vivimos no se pueden hacer recriminaciones, porque tanto jóvenes como viejos gozan de los mismos privilegios y participan de iguales sufrimientos. Absurdo sería que un joven inculpara a su padre de no ir al frente de batalla, pues la guerra total significa tal vez mayor peligro en la retaguardia.

El pensador norteamericano afirma que la generación del futuro será más feliz, si se actúa con energía, y concuerdo con él, pues el mundo se habrá reformado en grado apreciable, ya que los grandes sufrimientos purifican al ser humano, y lo hacen menos egoísta.

Los pueblos que no sufren decaen, y la historia ha corroborado mi afirmación, pues la molición destruye siempre las mejores virtudes humanas.

Es una verdad irrefutable aquella que se fundamenta en

que jamás ha existido un mayor divorcio entre la juventud actual y la generación anterior. El siglo XX se puede definir como el de *la maquinaria*, mientras el pasado vivió en los albores de la industrialización.

El concepto de la vida que tiene la juventud actual difiere del que posee la generación madura. El ambiente es diametralmente opuesto, pero esto no impide que puedan llegar a comprenderse recíprocamente. Sería hacerle un cargo injusto a la generación anterior, afirmando que ha descuidado totalmente la educación de los jóvenes. Tal vez ha habido desidia al suministrarle al niño las cosas que *«lo hacen feliz»*, es decir, facilitándole la vida, y con ello perjudicando su porvenir. El niño debe empezar por conocer primero sus deberes, y en seguida adquirir la noción de sus derechos. En la sociedad actual la juventud no piensa sino en sus derechos, y la vida que tiene obligaciones para con ella.

Cuando se medita en las vicisitudes del futuro, en que el individuo debe prepararse seriamente para la lucha por la vida, es necesario comprender que las debilidades que revisten cierto carácter paternal, conducen irremisiblemente a la formación de un ser desgraciado, que destila amargura en su convivencia social.

Proféticas suenan las palabras de James Truslow Adams, cuando asegura que *«si esperamos que la generación joven aprenda la lección fundamental de la democracia—que las obligaciones son primero que los derechos—¿qué podemos decir de nosotros mismos? Toda distinción de clases es siempre nociva, pero la más torpe de todas es la que no reconoce otra base que la edad. La juventud, en grado considerable, ha principiado a organizarse como partido adversario a la edad madura. Me parece esencial que las generaciones traten de salvar el nuevo abismo que se va abriendo entre ellas y que se complementen en lugar de atacarse; que se complementen como se complementan marido y mujer en un matrimonio feliz. Pero la ju-*

ventud no sentirá respeto por los hombres de edad, ni los seguirá, a menos que descubra en ellos carácter y sabiduría. El dinero no es forzosamente un benefactor social. «Un bolsillo bien provisto no basta para hacer un buen padre».

En este momento crucial para la vida de los pueblos, hay que inculcarle claramente a la juventud que debe saber «sentir sus obligaciones», mientras los hombres maduros, animados de un verdadero espíritu social, señalan las responsabilidades que habrá de asumir en un mundo enloquecido por las pasiones de los hombres.—JORGE MATTA C.



CRÓNICA MÍNIMA DE UNA GRAN POESÍA, por *Andrés Sabella*

El Norte, soñando sus diamantes que avanzan hasta los rastros más puros de un cisne horizontalmente estremecido; el Norte de la historia sin lluvias y la sal levantando en las venas su jacinto firme y aventurero, ha visto cómo Andrés Sabella ha llamado su nacimiento para prolongarse igual que un cántaro caprichoso de guitarras.

Digo que allá nació; digo que el Norte quemó sus pasos, y su boca besó entonces el sol que, tatuado en el pecho, supo que el poeta iba ya sumando talismanes maravillosos. Y cuando sus manos palparon la roca, su corazón corría por el cauce de los archipiélagos; y cuando su voz dió a conocer la estrella, pura mentira fué el refugio de la rosa, pura mentira el humo, la jarcia o el pez; pura mentira el pájaro que brilla sin la espera. Poesía entonces, como él dice... ¡Mentira purísima!...

¿De quien puede hablarse entonces? Porque un hombre que edifica su brújula y se entrega al puro eco de su rebeldía y de su sueño, de su pena y de su alba, tiene que rondar, acaso en la tertulia más cristalina de locas y tibias mariposas. Hablamos entonces de un poeta. Y de un poeta que «ama la poesía», porque